

BIBLIOTECA
sui
GENERIS



CARMEN

por

VICENTE BLASCO IBAÑEZ.

TOMO I.

Administración

MURILLO, NÚM. 16

VALENCIA.

Precio: 20 céntimos.

DEDICATORIA

A D. Emilio Martín Galí, en testimonio de amistad,

Vicente Blasco Ibáñez

CARMEN

I

Doña Ramona Quiñones de Quirós, noble por los cuatro costados, tan sobrada en altanería como falta de dinero, y viuda de D. Pedro Bombarda, en vida coronel de infantería, era una de esas señoras mitad mujeres y mitad colchones, a causa de la mucha carne que la naturaleza, con mano pródiga, había ido amontonando sobre sus huesos.

Su vida reduciase a oír misa todos los días, confesar una vez al mes, entretener sus ocios leyendo el *Flor Sanctorum*, infiltrar en la mente de su hija la idea de que en cuestión de nobleza no tenía nada que envidiar a la misma duquesa de Osuna, y marcar a todos sus conocidos con la relación de la historia y hazañas de sus antepasados, el primero de los cuales, según ella aseguraba, sirvió como capitán de artillería rodada en el ejército cartaginés que al mando de Aníbal destruyó a Sagunto.

La exigua paga que como viuda de militar recibía del Gobierno, le permitía vivir de una manera bastante decente, pues su familia, por lo reducida, no exigía grandes gastos.

Esta solamente consistía en su hija Carmen, heroína de esta narración, la cual era una muchacha de unos diecisiete años, lo suficientemente hermosa para tener mareados a los vecinos del tercero, alegres estudiantes que pasaban el tiempo, más que en instruirse en las ciencias de Hipócrates y Justiniano, en aturdir a todo el mundo con sus guitarras y flautas y en hacer el amor a todas las jóvenes bonitas que habitaban el barrio.

Carmen, sin ser vivaracha y graciosa en sumo grado, poseía, sin embargo, cierto aire simpático, acompañado de un rostro perfecto, unos ojos chispeantes y una blanca dentadura que se dejaba ver cuando los rojos labios se contraían al sonreírse, cosa que sucedía a cada paso.

Si a esto se añade una estatura regular, unas formas exuberantes y piecicito monísimo, se tendrá por completo el retrato de la hija de la noble doña Ramona, la cual creía ver en su Carmen la misma figura que ella tuvo en sus dieciocho años, o sea cuando su difunto marido D. Pedro Bombarda le ofreció su corazón, junto con sus charreteras de subteniente.

Decir que Carmen hacía caso de las pretensiones nobles de su madre, sería faltar a la verdad, pues sin que por esto pretendamos presentarla como un dechado de talento, la niña poseía una buena dosis de sentido común, cosa que, dicho sea de paso, no abunda tanto entre las mujeres como la gracia para engañar a los prójimos del sexo feo.

—¡Carmen!, ¡hija mía! —decía a cada paso la altiva doña Ramona—. Muy pronto entrarás en el número de las jóvenes casaderas. A tu edad, sin ir más lejos, ya hablaba yo con tu padre, que en santa gloria esté. Pues bien, hija mía, no tardará mucho el día en que te salgan los novios a docenas, porque tú eres hermosa (bien tienes a quien parecerte), y cuando tal cosa suceda, yo me tomaré la molestia, en pro del nombre de mi casa, de elegirte entre todos unos que, por su linaje, sea digno de entrar en nuestra familia. Tú no eres cualquier cosa, pues llevas el apellido de Bombarda, y por añadidura el de Quiñones, que en nobleza puede competir con todos los Téllez de Girón y Medinaceli del mundo.

Siempre, al escuchar este semidiscursito de su madre, Carmen se sonreía, aunque imperceptiblemente.

Esta sonrisa reconocía por causa el que la noble señora le anunciase la proximidad de novios, novedad que para ella ha tiempo que había llegado.

Esto no lo sabía doña Ramona, ¡cosa rara y estupenda!, pues siempre las mamás son las primeras que conocen los amoríos de sus hijas, y aunque es de cajón que hagan la vista gorda, no por esto dejan de empujar o detener a las niñas, según que el pretendiente le convenga o no.

Pero lo cierto es que Carmen tenía novio y la causa de que su madre no supiese una palabra de nada, era porque el tal habitaba la misma casa, estando representado por un estudiante del tercer piso que cursaba ya cuarto año de leyes.

Andresillo Velarte le llamaban sus compañeros, y era un guapo chico, que apenas si contaba dieciocho años, y tenía la costumbre de acariciarse continuamente algunos pelillos que por compasión comenzaban a sombrear su labio superior.

A pesar de no tener más mundo corrido que el que podía alcanzar con esa libertad propia del que alejado de su familia vive en una casa de huéspedes, nuestro estudiante poseía cierto barniz de escéptico, acompañado de un tinte de sabiduría, no adquirido con la asistencia a las clases, sino con la lectura de cuatro libros, las más de las veces tan trascendentales como una novela francesa.

Esto le daba autoridad suficiente para hablar con cierto tonillo magistral, y pronunciar largos discursos por un quítame esas pajas, cosas que hacían exclamar a doña Toribia, su patrona, siempre que le escuchaba:

—¡Válgame Dios, y cuánto sabe D. Andrés, a pesar de ser el de menos edad!, estoy por asegurar que es el que tiene más talento de todos mis huéspedes.

Y en esto doña Toribia no andaba muy fuera de camino, puesto que los compañeros de Velarte eran unos estudiantes holgazanes, cuyo discernimiento solo se empleaba en comparar unas clases de tabaco con otras, a más de ciertos conocimientos en el cante flamenco que les hacían disertar largamente sobre si Juan Breba tenía más facultades artísticas que Pepe el Perdío.

Andrés no solamente tenía su barniz de erudición, pues además sabía producir largas descargas de renglones cortos que él pomposamente apellidaba versos, y que por lo regular iban dirigidos a Carmen que gustaba mucho de ellos, porque siempre a las mujeres les será muy grato que elogien su belleza, bien sea en prosa o en verso.

Lo cierto es que Carmen y Andrés se adoraban con el ardor propio de los primeros amores, que tenían sus entrevistas a través de una reja que daba a la escalera y que entre los dos se cruzaban ciertas casillas que, a ser vistas por doña Ramona, de seguro que hubiera puesto el grito en el cielo.

Estos amores, como todos, tenían su confidente, la cual no era otra que Tomasa, la criada de Carmen, robusta moza aragonesa, tan franca como habladora.

Los compañeros de Andrés habían emprendido varias veces la conquista de tan rústica beldad, sin que jamás pudiesen lograr su deseo, puesta esta tenía su Abelardo en un muchachote de bucle sobre la oreja, y retorcido garrote capaz por un céntimo de armarle una querella al mismo gallo de la Pasión.

Si a Tomasa se añade un rabudo gato de Angola, verdadero dueño y señor del noble regazo de doña Ramona, se tendrá, aunque incompleta, la relación de todos los personajes que han de aparecer en el reducido escenario de este libro, pues todavía falta otro tan importante que bien merece descripción aparte.

II

D. Marcial Valiente y Esnada, capitán retirado de caballería y caballero de no sé qué orden militar, era un señor como de cincuenta años, delgado como un fideo, tieso como un hueso, y con unos bigotes cuyas puntas rozaban las pestañas de sus pardos ojuelos.

Su boca parecía creada para vomitar continuamente tacos y votos juntos con acerbas críticas sobre el actual estado de la nación, que allá en sus tiempos, como él formalmente aseguraba, marchaba mucho mejor.

Estaba tan engreído con sus apellidos como la viuda de Bombarda, y trataba con marcado desprecio a todos aquellos que no podían ostentar algunos viejos pergaminos, semejantes a los que él guardaba en el fondo de su cofre.

En sociedad era un hombre bastante incivil, pues como siempre creía estar tratando con los soldados de su escuadrón, usaba un lenguaje que no se distinguía por lo culto ni lo fino.

Allá en sus buenos tiempos, o sea cuando María Cristina regentaba el trono de España, D. Marcial había hecho con su vistoso uniforme más de una conquista, pero en la actualidad tenía que contentarse, como los pueblos débiles, en vivir de recuerdos gloriosos, porque su nombre se hallaba ya inscrito en el catálogo de los objetos deshechos.

Su carácter era tan belicoso como su profesión.

Por un quítame esas pajas su prominente nariz se coloreaba de verde y era capaz de andar a mojicones con su mejor amigo, si se atrevía a contradecirle en algo.

Desafiaba a cualquiera por el más fútil motivo, y si acaso su patrona tardaba algunos instantes en servirle la comida o se atrevía a desobedecerle en algo, mugía como un toro y aseguraba, por todos los santos del almanaque, que, a no llevar faldas, no se escaparía de verse con él las caras en el campo del honor.

Pero, a pesar de su edad, su carácter y su figura, el antiguo capitán todavía poseía un corazón inflamable, y se le bailaban los ojos cada vez que su suerte le colocaba ante su paso una buena moza.

En su ser todavía quedaban algunos residuos de sus juveniles años y ese *fuego sagrado*, de que hablan algunos poetas, le producía de vez en cuando ciertas picazones, y un malestar tal, que en aquellos momentos se sentía capaz de romper la soledad en que vivía y unirse con alguna mujer que supiera curarle de tan peligrosa dolencia.

Pero el plan de D. Marcial nunca se llevaba a cabo, sin duda porque amaba mucho su libertad y no quería sacrificarla ante sus deseos.

Entre las numerosas familias de que el señor de Valiente era conocido, encontrábase la de doña Ramona Quiñones, de cuyo marido había sido gran amigote cuando los dos eran cadetes.

Nosotros no nos atrevemos a hacer suposiciones muy aventuradas, pero los documentos de que tomamos la presente historia aseguran rotundamente que la viuda del coronel Bombarda en más de una ocasión acarició el proyecto de matar aquella perpetua viudedad en que vivía, uniéndose con D. Marcial.

Por supuesto que el tal proyecto nunca se llevaba a cabo porque el señor de Valiente, a pesar de las muchas gracias que la viuda sabía desplegar ante sus ojos, no dijo jamás esta boca es mía. Y no es esto querer decir que le faltaban al capitán retirado deseos de entrar a formar parte de la familia de su difunto amigo Bombarda, puesto que el tal señor ansiaba ser pariente de doña Ramona, no como dueño y señor, sino como subordinado y mártir, o sea como hijo político.

El lector tal vez se extrañe de que un hombre de cincuenta años bien cumplidos pretendiese a una muchacha de diecisiete, pero esto tiene su explicación en la desmedida afición que los viejos solterones profesan a las jóvenes de pocos años, conforme aumentan en edad.

Mas no porque D. Marcial se sintiese enamorado de Carmen se lo demostraba ni a esta ni a su mamá de una manera clara y precisa, sino que sus amorosas manifestaciones las reducía a visitar todos los días a doña Ramona, la cual, creyendo que todo aquello iba por ella, solía murmurar:

—¡Diablo de hombre! Mentira parece que a su edad sea tan tímido. Si le gusto, por qué no me lo dice y no pasa el tiempo haciendo el colegial. ¡Ay!, cuán diferente era mi Bombarda. Aquel sí que era hombre. El primer día que me conoció declarome su pasión, el segundo me dio un beso y el tercero... ¡Ay!... La verdad es que hombres de tantos bríos como *mi difunto* existen muy pocos.

Y la viuda, mientras aguardaba la declaración de don Marcial, se entretenía en comparar las cualidades de este con las de su difunto esposo.

Pero el señor de Valiente se preocupaba poco de esta y mucho de su hija, a quien quería demostrar su efecto cuando encontrase ocasión a propósito.

Esta no se hizo de esperar, pero... no adelantemos los hechos y dejemos a D. Marcial embebido en sus planes para ocuparnos de algunos hechos más trascendentales para la marcha de esta novela.

III

Cansado sin duda de las afectuosas y continuas caricias de su dueña, una tarde de invierno, Anacreonte saliose a la escalera, sin duda con el propósito de tomar el aire de la libertad y visitar a sus amigos de ambos sexos.

—¿Y quién es Anacreonte? —preguntarán ahora los que paseen sus ojos por las páginas de este libro.

Pues el tal caballero no era otro que el rabudo gato a quien su dueña doña Ramona Quirós de Quiñones, al decir de la gente, profesaba tanto cariño como a su hija.

Si se nos preguntase qué motivos había tenido la viuda de Bombarda para bautizar con el nombre del célebre poeta griego a su querido gato, de seguro que no sabíamos responder.

Tal vez nuestro gato en sus horas de ocio tuviese el feo vicio de escribir versos, y por eso ostentase tan célebre nombre, pero esto es una cosa harto rara y estupenda, de la que no podemos dar fe por no habernos suministrado la historia noticia alguna.

Ya saben pues nuestros lectores que Anacreonte, con razón o sin ella, es el nombre con que era conocido el gato de doña Ramona, y por lo tanto pasemos adelante con nuestra relación.

Estaba el tocayo del autor de las tan celebradas odas gran rato en la escalera ocupado en hacerse su *toilette*, lamiéndose las patas delanteras y otras muchas partes del cuerpo, cuando envuelto en su capa y cantando a media voz un fragmento de la sinfonía de *Jone*, obra que Carmen continuamente tecleaba en su piano, subió la escalera armando un ruido bastante regular nuestro conocido Andresillo Velarte.

Sin duda Anacreonte debió oler en él algo de la hija de su dueña, por cuanto comenzó a maullar de una manera que llamó la atención del estudiante.

—¡Calla! —murmuró—. O yo el hombre más torpe del mundo, o este es el gato de la mamá de mi adorada. Sí, no me cabe duda, él es. Debo serle muy simpático por cuanto me saluda con tales maullidos. ¡Diablo!, algo gordo debe haber pasado entre él y su dueña, porque doña Ramona primero se deja arrancar un ojo que se separa de su gato. Si yo fuera entrometido encontraría en esto una buena ocasión para introducirme en casa de Carmen. Pero no; no quiero exponerme a que la mamá con su rudeza semi-militar me suelte alguna fresca.

Y esto diciendo, el estudiante, después de mirar al gato, subió escalera arriba, mas a los pocos peldaños parose indeciso y murmuró:

—¡Qué demonio! La ocasión la pintan calva, y Dios sabe si volveré a encontrar otra tan buena como esta. Adelante y arrostremos en aras del amor al endiablado carácter de una futura suegra.

Y el estudiante volvió a bajar, y después de algunas estratagemas logró apoderarse del pérfido Anacreonte, que no se dejó coger sin propinar antes al enamorado jovenzuelo dos arañazos de los buenos.

Con el gato sobre el brazo y las señales en la mano de las caricias de este, Andresillo llamó a la puerta de la habitación de su adorada, que abrió Tomasa, la rústica aragonesa.

—¿Está la señora? —preguntó el estudiante en el tono más amable que supo.

La criada, que sorprendida por la visita del novio de su señorita iba ya a contestar, se vio interrumpida por la presencia de doña Ramona, que desolada recorría toda su casa buscando a su Anacreonte, cuya desaparición había ya notado.

—¿Qué deseaba V.? —dijo la viuda de Bombarda poniendo el gesto avinagrado al reconocer en aquel joven a uno de los estudiantes del tercer piso.

—Señora —contestó Velarte—, acabo de ver su gato en la escalera y...

—Dónde está, dónde está mi Anacreonte.

Andresillo iba a decir «aquí, señora» cuando el pícaro del gato se le adelantó con un maullido capaz de derretir el corazón de todas las mininas de la vecindad.

Al oírlo doña Ramona, abalanzose sobre el estudiante, de cuyos brazos arrebató su querido Anacreonte colmándole de caricias y aun derramando lágrimas de alegría.

Cuando la viuda cesó en sus cariñosos transportes, volvióse al joven que sonriente la contemplaba, y con voz enternecida, le dijo:

—Dispense, caballero, de que yo he atendido primero a mi gato que a V. Lo quiero tanto, que creo moriría el día en que le perdiese. No puede V. figurarse lo que le agradezco el servicio que acaba de prestarme devolviéndome a Anacreonte. Por supuesto que se habrá dejado coger porque el pobrecito ¡es tan manso!

—No tanto como V. cree, señora. Y en prueba de ello, mire V. las señales que en esta mano ha sabido dejarme.

—¡Válgame Dios!, ¡qué arañazos! ¡Ay!, y todavía le manan a V. sangre. Aguarde V. unos instantes. Pero no, pase adelante; sabe V. esta casa es suya. ¡Carmen! ¡Carmen!, ¡sal al instante!

Y doña Ramona, mientras dijo todo esto, empujó dentro de su casa al estudiante, cerró la puerta de la escalera y se internó en su habitación, llamando a su hija a voz en cuello y pidiéndole que sacara árnica para curar aquellos rasguños, obra de las uñitas del Sr. Anacreonte.

—¡Bravo! —se dijo el estudiante cuando quedó a solas en el recibidor—. La cosa marcha y la estratagema del gato no puede haber surtido mejor efecto... ¡Diablo de mujer!, pues ella grita poco por nada. Pero ¡calla!, parece que se acerca, y aun creo que con ella viene su hija. ¡Ay Carmen mía!, cuántas cosas me obliga a hacer tu amor.

Y en efecto, Andresillo no se equivocaba, porque a los pocos instantes apareció en la puerta la colosal figura de doña Ramona que precedía a su interesante hija.

Esta, al ver a su novio dentro de casa, quedó tan admirada, que por poco no dejó caer la botella de árnica y las hilas que llevaba en la mano, pero su mamá la sacó de su sorpresa, diciéndole:

—Carmen, este es el caballero que te dije había encontrado a Anacreonte. ¡Vaya! Salúdale, ¿qué haces tan parada? Vamos, dispense V. Son tan cortas estas niñas, vecino. Yo creo que usted lo es; ¿no vive V. en el tercero?

—Efectivamente.

—¿Es V. estudiante?

—Sí, señora. Curso ya el tercero de leyes.

—¡Ah! ¡Estudia V. para abogado! Buena carrera. Allá en mis tiempos tuve yo mis relaciones con uno que lo era, pero lo abandoné para casarme con Bombarda, que dicho sea de paso, aunque muy brusco en el trato, era muy fiel y valiente. Por esto ascendió hasta coronel, porque ha de saber V., caballero, que soy viuda de un coronel, además de que mis antepasados...

—Pero mamá —dijo Carmen al ver su mamá no llevaba trazas de parar en un año—. Este caballero...

—¡Ah!, es verdad. Dispéñeme V., soy tan aturdida, que ya no me acordaba.

Y diciendo esto, doña Ramona tomó de manos de su hija la botella del árnica, y mojó en ella algunas hilas que aplicó a la mano del estudiante, el cual estaba muy ocupado en mirarse en los ojos de su novia.

Cuando la viuda de Bombarda acabó su cura, pidió mil perdones al estudiante por las gracias de su Anacreonte, asegurándole que los arañazos los habría hecho este sin malicia alguna.

Después, como era de rigor, ofrecióle la casa, rogándole que las visitase de vez en cuando y concurriese a unos bailes en pequeño que daban todos los domingos.

—A ellos —dijo la viuda— no concurren más que algunas familias amigas, que si por efecto de los tiempos que corremos no gozan de gran posición, pueden ostentar gloriosos pergaminos que no poseen la mayor parte de los actuales capitalistas, los cuales no son otra cosa que tenderos enriquecidos. Y a propósito —continuó—, ¿es V. noble?

—Y tanto. Como que todos los meses me dura muy poco el dinero que recibo de mi familia.

—Esta pregunta se la he hecho, porque, francamente, yo no quiero tratarme con persona alguna que no sea noble.

—Pues mi familia bien quisiera que no lo fuese tanto.

—¡Bah! Vale más pecar siempre por carta de más que de menos. Conque adiós, caballero, y ya sabe V. que he tenido un verdadero placer en conocerle...

Y después de las fórmulas de costumbre, Andresillo separose de su adorada y la mamá, y poco después subía escalera arriba murmurando:

—Bendiga Dios a todos los gatos en general y al respetable Anacreonte en particular. Gracias a él he logrado realizar toda mi ilusión, o sea el entrar en casa de mi adorada. De hoy en adelante podré verla y admirarla más de cerca. La verdad es que Carmen es muy digna de contemplarse. ¡Ay!, y qué hermosa que es; de buena gana hubiera... Pero veo que me *estupidezco* por momentos, como me asegura mi amigo Lamprea. Callemos por ahora, y en el próximo domingo nos veremos.

IV

Y como todo llega y aun pasa en este mundo, llegó el tan deseado domingo y con él la famosa reunión de casa de doña Ramona.

De buena mañana Andresillo se afeitó los peilillos que le sombreaban su rostro, y después de acicalarse lo mejor que pudo, púsose a pensar en qué emplearía el tiempo hasta las ocho de la noche, hora en que la viuda de Bombarda comenzaba a recibir en sus salones.

Mientras Andrés se devanaba los sesos buscando una diversión que calmase su impaciencia, Desiderio Lamprea, estudiandote tan desvergonzado como sucio, y tan sucio como escéptico, compañero de estudios y de habitación de Velarte, se decía contemplándole:

—La humanidad es estúpida, esto es indudable, pero vosotros los enamorados sois estúpidos por partida doble. Cada día me aferro más a mi idea de que el hombre al enamorarse pierde su cualidad de ser racional, y por lo tanto, se queda sin su sentido común.

—¡Desiderio! —gritó el joven enamorado con irritado acento.

—Lamprea y Corvachones, para servirte, ese es mi nombre. Pero vaya, hombre, no te irrites, que el hombre no más puede irritarse cuando la razón le ayuda, y lo que es tú en esta ocasión no la tienes ni aun por asomo. Porque ¿qué otro nombre más que estúpido se puede dar al que como tú ha pasado horas enteras en la escalera escuchando cómo la vecinita del segundo tecleaba en su piano *La oración a una Virgen* o cosas por el estilo?

—Eso es amor, lo demás es nada.

—¡Uf!, valiente amor el tuyo. Amor de escalera como el de las criadas. Pero escucha. Nuestra patrona acaba de decirme que tú bajas a la noche a casa de doña Ramona Quiñones.

—No te ha engañado, hay a la noche reunión y por eso voy.

—Pues haz el favor de presentarme.

—¡A quién!, ¿a ti? Primero dejo de ir. Pues estaría bien que yo te presentase para que tú hicieras alguna de las tuyas.

—¡Vaya!, preséntame, y yo te prometo que no abriré la boca.

—Te digo que no. Absolutamente que no.

—Pues me burlaré de ti.

—Bueno.

—Hablaré mal a Carmen de su novio.

—No te hará caso.

—Te ensuciaré la ropa.

—La cepillaré y en paz.

—No te daré tabaco.

—Compraré y asunto concluido.

—Le diré a tu futura suegrecita quién eres.

—Y yo te romperé una costilla.

—¿A mí? Aguarda.

Y al decir esto, Desiderio Lamprea levántase con no muy buena intención, pero antes que esto hiciese, ya Velarte había cogido el sombrero, y poco después bajaba la escalera cantando su favorita sinfonía de Jone.

La historia no cuenta de qué manera pasó el día nuestro héroe, pero lo cierto es que a las ocho de la noche, ni minuto más ni menos, el estudiante entraba en la casa de su adorada que comenzaba ya a verse bastante concurrida.

Familias enteras de viejos militares ocupaban el ámbito de una sala no muy grande, en uno de cuyos ángulos veíase el piano de la hija de la casa.

El elemento joven estaba representado en la reunión por unos cuantos muchachos, la mayor parte de ellos dependientes de comercio, y por algunas niñas que, si no se hacían notar por una belleza admirable, al menos eran de las que en el lenguaje vulgar se les da el nombre de pasaderas.

En una alcoba cercana que, gracias a los esfuerzos de la dueña de la casa, había podido habilitarse, los papás fumaban, jugaban o departían sobre sus campañas, tanto guerreras como amorosas, y en cuanto a las mamás, charlaban en la sala con el objeto de no perder de vista a las niñas.

D. Marcial Valiente aquella noche había rehuido la compañía de sus amigotes que le llamaban a la alcoba y caracoleaba en la sala en derredor de Carmencita, que maldito el caso que de él hacía.

Este era el aspecto que presentaba la reunión de la viuda de Bombarda cuando en la puerta apareció la gallarda figura de nuestro amigo Andrés.

Al momento que lo vio doña Ramona salió a su encuentro, y después de profundas reverencias y enojosos cumplidos, la viuda presentolo a la reunión como el salvador de su querido Anacreonte.

Las mamás le miraron de pies a cabeza como si pretendiesen examinar sus cualidades de futuro hijo político, las niñas le contemplaron de una manera interesante al ver que era un buen mozo, y los señoritos torcieron el gesto porque veían en él un enemigo de amorosa felicidad.

Sobre todos, don Marcial al verle puso cara de vinagre, pues sin que él mismo pudiese darse cuenta aquel joven no era de su devoción.

—Tengo que darle a V. un millón de gracias por haberse dignado asistir a esta reunión.

—¡Oh!, no, señora, yo soy el que debo dárselas porque me dispensa la honra de admitirme en ella.

—Aquí no damos espléndidos convites ni bailamos bajo dorados techos y al son de magníficas orquestas, pero en cambio podemos presentar...

—Sí; lo sé —dijo impaciente el estudiante—. VV. pueden presentar viejos pergaminos de nobleza.

—¿Nosotros solamente? Acaso V. ¿no es noble lo mismo que yo?

—Lo soy, señora, lo soy. Basta escuchar mi apellido para conocerlo. Velarte viene de Baluarte, y llevo tal nombre porque uno de mis abuelos sobre las murallas, de no recuerdo qué ciudad, mató más de cuatro docenas de moros.

Mientras Andresillo mentía tan descaradamente, tenía sus ojos fijos en Carmen, alrededor de la cual revoloteaba el tan pasado de sazón D. Marcial.

—¡Diablo de viejo! —se decía el estudiante—. Parece que le hace el amor a Carmen, y si eso resultase cierto, ¡por Cristo vivo! que le rompía un hueso al fantasmón.

Y al decir esto, impulsado por la ira y sin notarlo, dio una terrible patada en el suelo, pero con tan mala suerte que le pisó los callos de un pie a doña Ramona, la cual dio un desaforado grito.

Después que el estudiante se excusó de la mejor manera que pudo, la calma se restableció y dióse principio al baile con un vals que ejecutaba en el piano un joven melenudo, que por cierto lo hacía bastante mal.

En el mismo momento que sonaron las primeras notas, D. Marcial acercóse a ofrecer su brazo a Carmen, pero esta ya se disponía a bailar con Andrés que había sido más listo.

Entonces el que juró y perjuró para su sayo que le rompería una costilla a su rival fue el señor de Valiente, y para colmo de sus penas que le ponían negro como la pez, acercóse a él la viuda de Bombarda, y con acento melosísimo, le invitó a bailar.

—Está muy feo —dijo la de Quiñones— que las señoras sean las que inviten a los hombres, pero a nuestra edad todo está permitido.

D. Marcial, dándose a todos los diablos porque la viuda le sacaba a relucir sus años, tuvo que salir a bailar porque no le tachasen de mal educado, y por añadidura tuvo que sufrir mientras remolcaba la respetable mole de doña Ramona algunos disparos como los siguientes:

—¡Ay! ¿Recuerda V. aquellos tiempos?

—¿Qué tiempos, señora?

—Cuando yo tenía dieciocho años y V. todavía llevaba las charreteras de cadete. ¡Ay!, todavía recuerdo que V. fue novio mío antes que mi Bombarda, que en paz descanse.

—¡Bah!, aquello son cosas que ya pasaron.

—Aún conservo aquellas cartas que V. me escribía tan apasionadas. ¿No lo recuerda V.?

—Señora, me parece que Carmen baila muy apegadita a ese estudiantillo, y se deja estrellar demasiado la mano.

—Deje V. estar a mi hija, y contésteme si recuerda aquellas cartas.

El señor de Valiente iba ya a enviar a paseo a la vieja, cuando por su fortuna el melenudo pianista cesó de tocar, y por lo tanto las parejas se retiraron a sus sitios.

—¡Uf! Gracias a Dios —dijo el viejo militar dejando a doña Ramona y colocándose cerquita del lugar en donde Carmen y Andrés conversaban, tanto con la lengua como con los ojos.

A las pocas palabras D. Marcial enteróse de que los dos jóvenes sostenían relaciones hacía ya bastante tiempo, y esto le puso hecho un Otelo, si es que Otelo puede ser una estantigua de cincuenta años.

Todas las ideas del mundo cruzaron por bajo la calva cabeza del señor de Valiente.

Varias veces pensó en dar de bofetones al estudiante, pero como esto armaría un escándalo más que regular, el belicoso viejo optó por enterar de todo a doña Ramona con la seguridad de que esta sabría ayudar sobradamente sus propósitos.

Y en efecto, buscola y después de algunos preámbulos que hicieron creer a la viuda en una próxima declaración de amor, D. Marcial relatole todo lo que sabía con referencia a los dos jóvenes, añadiendo que aquello era un abuso llevado a cabo, gracias a Anacreonte, y que Andrés Velarte había mentido al asegurar su nobleza, pues a la legua se le conocía que era hijo de algún lugareño, que en otros tiempos no hubiera sido otra cosa que un pobre plebeyo.

Como doña Ramona quería complacer en todo al señor de Valiente, y como además le irritaba aquello de que Velarte fuese novio de Carmen, sin ella saber una palabra, llamó a este aparte, y como era mujer de las que vulgarmente dicen que son lo mismo *para un barrido que para un fregado*, con muy buenas razones despidió de su casa al estudiante, rogándole que en ella no volviera a poner los pies.

El pobre joven despidiose avergonzado de doña Ramona, y triste y mohíno subiose a su habitación, donde celebró una regular conferencia con su amigo Lamprea, conferencia que a su tiempo dará sus consecuencias.

En el entretanto el baile siguió hasta que dieron las once, pues a esta hora despidiéronse todos los concurrentes, excepto D. Marcial, que salió algunos instantes después.

Doña Ramona desde la puerta de su habitación alumbraba con una bujía al viejo militar, el cual bajó sin novedad gran parte de la escalera hasta que tropezó con una cuerda colocada a lo ancho de esta, y bajo rodando escaleras abajo hasta el patio, lugar en que Tomasa, la criada de Carmen, y el *terne* de su novio estaban pelando la pava.

Al ver el novio de la aragonesa que un hombre bajaba cayendo y se agarraba a parte no muy dura de su adorada, creyó que aquello era una broma de los estudiantes del tercero y, sin encomendarse ni a San Miguel ni al diablo, enarboló su garrote, y tales caricias le hizo con él a D. Marcial, que al segundo golpe este cayó redondo en tierra.

Doña Ramona, al escuchar los gritos de su amigo, comenzó a bajar la escalera, pero en el mismo instante Anacreonte pasó por entre sus pies, haciéndole tropezar y caer toda cuan larga era.

Entonces la luz se apagó y solo se escucharon gritos, lamentos e imprecaciones acompañadas de la voz de bajo de Desiderio Lamprea que de lo alto de la escalera entonaba La Marsellesa al mismo tiempo que arrojaba dos buenos cacharos de agua sobre los combatientes del patio.

Después de tan celeberrimos sucesos, pasaron seis días, durante los cuales D. Marcial Valiente no salió de casa por quedarle todavía en el rostro señales de las que, con el garrote, le hizo el novio de Tomasa.

Esta excusose con su señora de la mejor manera que supo y doña Ramona echó centenares de imprecaciones sobre los estudiantes del tercer piso, en general, y sobre Andresillo, en particular, a quien creía el autor de todo aquel desbarajuste.

Inútil sería decir que en los seis días que transcurrieron desde la noche del baile, Carmen y el estudiante no tuvieron ocasión alguna de verse y hablarse porque la mamá estaba convertida en un Argos, que a todo trance quería evitar aquellas entrevistas a través de la reja.

Velarte estaba desesperado, pero su amigo Lamprea le aseguraba que él sabría arreglarlo todo, y esto era lo que le tranquilizaba un poco.

Dentro de poco veremos cómo Andrés podía muy bien confiar en Desiderio, pero dejemos los dos estudiantes y ocupémonos de D. Marcial que una mañana presentose en casa de la viuda vestido elegantemente y con la cara llena de parches.

—Venía a hablar con V. de un asunto algo importante —dijo a doña Ramona.

—Vamos —murmuró esta en sus adentros—. Ya pareció aquello.

—No se le habrá a V. ocultado que yo les profeso mucho aprecio, como que son la familia de un antiguo compañero de armas, y yo había pensado reforzar nuestra amistad.

—De qué modo —dijo la viuda alborozándose en su interior.

—Pues entrando a formar parte de su familia.

—No veo la manera...

—Casándome con la hija de V.

Doña Ramona que hasta entonces había escuchado con suma complacencia, al oír esto último levantose de un salto de la silla como si esta tuviese agujas en su asiento, y descompuesta y furiosa lanzó mil improperios sobre D. Marcial que le miraba asombrado.

—Eso es un insulto, señor de Valiente —vociferaba la de Bombarda—, y por la memoria de mi difunto que no se lo toleraré. Pretender a mi hija un hombre que como usted me hizo el amor allá por el año 31, es una cosa monstruosa, inconcebible, incalificable. Si es V. caballero, acate el mandato de una dama y no ponga los pies más en esta casa.

D. Marcial pretendió excusarse, pero como había herido el amor propio de doña Ramona, y cuando tal cosa pasa a una mujer se convierte en fiera, el enamorado viejo no tuvo otro remedio que marcharse.

Cuando la viuda quedose sola, fue a llamar a su hija Carmen para preguntarle si había dado pie a tan ridícula pretensión, pero en el mismo instante apareció en la puerta de la estancia Desiderio Lamprea, tan sucio y tan roto como siempre.

Al reconocer en él un amigo de Andrés, doña Ramona puso mal gesto, e iba ya a enviarle enhoramala cuando el estudiante la atajó diciéndola con tono tragicómico:

—Señora, no ponga V. esa cara al verme, pues me hará creer que soy feo, y esto me entristecerá, porque yo me tengo por un guapo chico. Si cree V. que traigo la intención de hacer jugarretas como la de la otra noche, se engaña, pues hoy vengo como moro de paz. Mi amigo ama a su hija, y su hija a mi amigo de una manera verdadera, y V. no sé por qué se opone a su felicidad. Como V., señora, es tozuda como una aragonesa, le advierto que si antes de cinco minutos no permite que Carmen y Andrés se amen libremente, cesará de existir un ser a quien V. quiere mucho.

—¡Jesús! ¿Quién es?

—Anacreonte, su querido gato. Le tenemos en nuestro poder, y si V. no accede a nuestras pretensiones dentro de pocos instantes, colgaremos su cabeza del llamador de la puerta.

—¡Accedo, accedo! —dijo la viuda. Y añadió por lo bajo:— De esta manera D. Marcial rabiará al ver que mi hija habla con otro.

Epílogo

Han pasado algunos años, y con ellos han cambiado en mucho los personajes de esta narración.

Andrés Velarte hizose abogado, se unió en la pesada carreta del matrimonio con su querida Carmen, y D. Marcial siguió soltero hasta hora de la muerte, lo mismo que la noble doña Ramona Quiñones de Quirós que se consoló con el amor de su Anacreonte del desvío del viejo capitán.

Desiderio Lamprea sigue tan holgazán y sucio como siempre, y cuando de vez en cuando ve a su amigo Velarte, murmura:

—¡Pobre muchacho! Gracias a mí ha alcanzado la felicidad. Esto de felicidad lo dice él, porque yo creo que para casarse con niñas que tienen mamás como doña Ramona, se necesita la santa resignación de un mártir. Mientras haya tales suegrecitas, no seré yo quien me case.